

Agresión del materialismo al matrimonio *por Manuel Lizcano Pellón*

Toda la batalla espiritual, esencial de la sociedad decadente del último siglo y medio, se viene librando en torno al matrimonio; institución fundamental sobre la que se asienta la sociedad cristiana, y sin la cual, lo mismo que sin el sacerdocio, pero de manera más fulminante, el cristianismo caería por su base. Siendo esto así, la garantía de perennidad frente a todo que el Señor ofreció a su Iglesia, alcanza necesariamente, no sólo al sacerdocio, sino también al matrimonio cristiano. Los enemigos del reino de Jesucristo hicieron frente con frecuencia al sacerdote. La posición erasmista frente a los teólogos se ha renovado, bajo formas distintas, creo que en todas las épocas de la historia cristiana. Y sin embargo, los embates de quienes prefiguraban al anticristo, siempre que consiguieron aniquilar pequeñas cristiandades alcanzaron el éxito en la medida en que corrompieron y disolvieron esta clase vital insustituible de la Iglesia que es el santo matrimonio. El cristiano siempre necesita el sacerdote al lado, para vivir en condiciones normales la vida y el amor de Dios. Pero el signo inequívoco y definitivo de la corrupción cristiana; el clarinazo del triunfo anticristiano, quien lo da es solo el matrimonio envilecido y deshecho, inversión, caricatura y ceniza de su propia impresionante grandeza.

VICTIMA DEL DOBLE MATERIALISMO

Por eso, en esta época nuestra, en la que el combate dos veces milenar de los cristianos se libra ya en un frente de amplitud mundial si nuestras posiciones corren un verdadero peligro, y de tal envergadura que no poderlo conjurar supondría el desplome de las posibilidades rectoras universales del cristianismo, ese peligro creo que no es otro sino la crisis por que atraviesa la institución del matrimonio.

Todo el materialismo de la civilización burguesa venía basado económicamente en la usura; socialmente en la explotación hereditaria del hombre por el hombre; políticamente en la pseudo-democracia con trasfondo de oligarquía financiera; culturalmente en la incultura del pueblo;

jurídicamente en la defensa de la raza social privilegiada y en la exclusión de la raza oprimida; espiritualmente en la aberración masónica de las minorías y en la frivolidad estúpida de la multitud; por último, moralmente en el adulterio y en la prostitución organizada, guardando—eso sí— las exigencias del bien parecer. Y todo este conjunto de factores materialistas viene a dar de lleno contra el hogar cristiano. Los privilegiados, dentro de semejante género de convivencia social, se pervierten porque sus excesivas riquezas los envilecen; los oprimidos, si bien conservan, en general, las virtudes familiares cristianas, con una ejemplaridad conmovedora, son la miseria, la sistemática postergación económica y social a que viven sujetos, y el escándalo espiritual que reciben de quienes debieron recibir ejemplo, los motivos que los alejan de la Iglesia. Por ambos extremos, por la degradante miseria y por la degradante abundancia, el materialismo capitalista deshace el fundamento mismo de la cristiandad.

En los últimos años, como fases normales del desarrollo de esta realidad social, y llevando adelante el abuso de las libertades humanas característico de la concepción burguesa de la vida; trabaja a fondo un complicado aparato de propagación de ideas y métodos, adecuadísimo para producir un desastre irreparable en el misterioso cuerpo de la cristiandad. No a otra cosa parecen ir orientadas las facilidades para conseguir el divorcio; las costumbres adúlteras y libertinas; las prácticas infanticidas, anticonceptivas y abortivas; la producción cinematográfica que procura hacer necesario todo eso; las emisiones de radio, las representaciones teatrales de género frívolo, los inagotables repertorios de canciones sobre el adulterio, las publicaciones pornográficas y las modas indecentes que, también por su parte, procuran hacer todo eso necesario. En la sociedad materialista del lado de acá, tradicional y farisaica en que vivimos, el tipo más frecuente y representativo viene a ser este caballero a ratos respetable y a ratos soez, adinerado y libidinoso, de quien siempre es posible temer que ante su propia madre se le caiga la baba obscena.

Gracias a Dios, quedan ya muy lejos aquellos tiempos próximos en que el catolicismo de una época de agotamiento, incapacitado para difundir más allá de las sacristías su acción espiritual, tenía que abandonar el imperio de la vida social a estos degenerados. No es que hoy no existan. Predominan a todas luces. Ellos son, precisamente, y no otros el anticristianismo militante, en su forma más desalmada y repulsiva. Y su extraordinaria abundancia el índice inquietante de nuestra decadencia espiritual. Pero hoy, al menos hemos recuperado los cristianos militantes la plena capacidad de iniciativa. Aunque en exigua minoría, estamos en condiciones de apoyar ya eficazmente en muchas partes las intenciones de Dios, en lo que atañe a la cristiandad de nuestro tiempo.

En cuanto a la versión y amplificación comunista del materialismo burgués, si bien en ciertos aspectos, por un sano instinto de conservación de que adolece la sociedad decadente, parece ser que impone frenos a la inmoralidad y al divorcio, y que dicta normas proteccionistas de la familia, no es posible desconocer su abierta inspiración regresiva y pagana, incrementada con un sentido persecutorio implacable del cristianismo, que no da muestras precisamente de desconocer la vulnerabilidad de nuestras bases a la acción de la corrupción, del engaño y de la amenaza.

EL MATRIMONIO, EN LINEA DE COMBATE

Queda localizado así el enemigo esencial de la Obra cristiana: el materialismo. No un sistema político determinado, por el hecho de que alardee de su fundamentación materialista, sino toda obra humana, de cualquier significado político o cultural, que corrompa o comprometa la vitalidad económica, social y religiosa de la familia cristiana. Y de otra parte, queda claro también que son hoy el matrimonio y la familia cristiana nuestro punto débil, objetivo de los ataques, descubiertos o solapados, de quienes no quieren, por diversos motivos, que la Iglesia reine en los corazones de los hombres.

Con esta blase de criterio nos es posible, por lo pronto, saber que cuando nuestras radios transmiten obras teatrales en las que la vida matrimonial queda reducida a la condición de algo inútil y grotesco, se está haciendo anticristianismo a conciencia. Cuando, quienes tienen en su mano la responsabilidad del nivel de vida de algunas o de muchas familias del pueblo, ven indiferentes cómo se aniquilan con salarios de hambre las de sus operarios, se está haciendo anticristianismo también. Tanto, por lo menos, en estas ocasiones en que se envilece o se destruye los templos vivos de Dios, como cuando se cierra o se derriba los templos de piedra y se amordaza al sacerdote.

Exaltar la gran misión del matrimonio cristiano en estos momentos de peligro para la cristiandad; poner en pie de lucha los inexplorados tesoros de espiritualidad que guarda ocultos; ahondar en las perspectivas de la santidad conyugal y de la mística y ascética del matrimonio, poniendo en mitad de la vida de hoy y al alcance de cualquiera la oportunidad excelente de agradar a Dios jugando con los hijos, trabajando en los grandes talleres de la fábrica, dirigiendo negocios o conduciendo tranvías; y dotar a las familias— a todas las familias del pueblo, se entiende; que esa es la única concepción lícita posible de la propiedad privada—de la base patrimonial que las haga libres e independientes, es en cambio, hoy, hacer cristiandad de veras. Porque con esa actuación que procura con honradez crear algo positivo arrancando de la esencia y de la raíz del cristianismo, no cabe duda de que se defiende y se vigoriza lo más delicado e importante en que esta sociedad tan poco cristiana en que vivimos, reclama atención y defensa.

VIGORIZACION DE LAS IGLESIAS

Lo que para el cristiano representa cuanto de venerable se origina en el matrimonio, puede condensarse en aquella expresión de "iglesias domésticas", que San Pablo gusta repetir, al referirse a los hogares sobre cuya hospitalidad y apoyo se iba edificando la universal Iglesia naciente del tiempo, incesantemente naciente y renovada en el manantial de la eterna vida que brota del Corazón de Cristo.

Una iglesia doméstica, vale tanto como decir una diminuta maqueta viviente de la Iglesia Católica. Minúscula estirpe de hombres y de mujeres, santificada gracias a la fidelidad total, hasta la muerte, del Esposo que

nos regenera y nos invade de Dios, mediante el sacrificio de su propia sangre. Pequeña comunidad orante, templo vivo, jardín cerrado y fuente sellada, donde el místico ciervo vulnerado, ardiendo en la sed del amor que le desangra sosiega y se aquieta entre la fresca sombra de paz donde se entreteje la enamorada amistad de los suyos, igual que en aquella Betania de la amistad entrañable, donde gustaba reposar de las fatigas de su misión.

Para hacer frente al actual proceso de negación de la vida del espíritu que va sumergiendo a la humanidad en el culto embrutecedor y egoísta de la materia sensible, no hay más remedio que ponerse a construir con parsimonia y obstinación, en pleno camino del materialismo triunfante, estos cimientos vivos de la ciudad de Dios que son los hogares cristianos, cuando poseen clara conciencia de las inmensas posibilidades sobrenaturales que atesoran.

Pero esto no podrá conseguirse en toda la extensión, ni con todo el estímulo que la gravedad del problema reclama si deseamos llegar a desencadenar un esfuerzo vigoroso y apreciable, a menos de que la solitaria lucha espiritual de cada matrimonio y de cada familia se complemente y cohesionen con la de los demás hogares también interesados en la gloria de Dios, y en multiplicar el número de las casas de los santos, dando lugar a un género nuevo pero real, de solidaridad humana, crecida íntegramente al calor de la inspiración evangélica.

Madrid, agosto de 1951.

